

Se jugaron el tipo por defender a una mujer y no salieron ilesos. El más conocido es Jesús Neira, que acaba de testificar en el juicio a su agresor por el maltrato a su novia. Pero hay otros 'héroes' anónimos que quieren pasar desapercibidos, como el joven apuñalado hace poco más de una semana en Madrid. YO DONA les rinde homenaje con motivo del Día Internacional para la Eliminación de la Violencia contra las Mujeres. Ellos tampoco se arrepienten de su acto de valentía.

Y todos coinciden: volverían a hacerlo.

# LOS OTROS 'NEIRA'

por SUSANA MORENO



**Juan Pablo Urtizberea**  
“EN ESE  
MOMENTO NO  
PIENSAS, SÓLO  
ACTÚAS”

Por tratar de ayudar a una mujer recibió una brutal paliza que le tuvo entre la vida y la muerte. Sólo lamenta una cosa: que pudo evitar que ella muriera como consecuencia de los golpes recibidos.

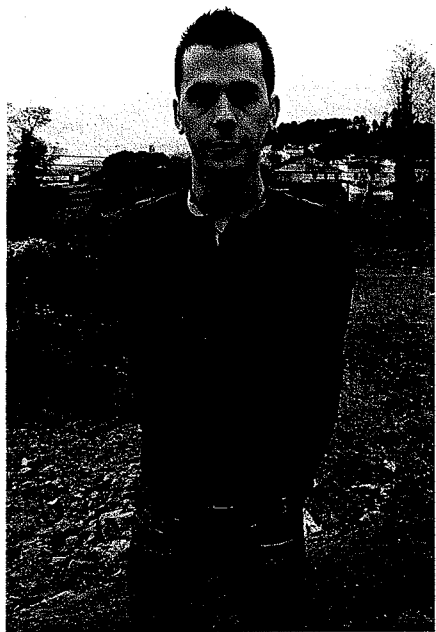
**U**nos gritos de socorro, un impulso de valentía y una trastada del azar colocaron a Juan Pablo Urtizberea, Vicente García y Ricardo Feas en el trance de intervenir en disputas conyugales ajenas. Su arrojo salvó a dos de las mujeres, y a punto estuvo de costarles la vida: Juan Pablo sufrió un aluvión de cuchilladas, Vicente se llevó un balazo en la cara y a Ricardo le llovieron mil golpes en la cabeza. Hace poco la lista se amplió. Jorge Vicente Sánchez recibió en Madrid una puñalada en el costado cuando salió en defensa de una mujer que estaba siendo agredida. Ella salvó la vida, y su defensor se recupera en el hospital al cierre de esta edición. Todos ellos, y otros que ni siquiera habrán salido ni saldrán en los

medios, son la otra cara de la moneda de los 400.000 maltratadores que, día a día, corroen los cimientos de sus familias para dejar claro quién manda. Son la antítesis del posmachismo, esa actitud que retiene a la identidad masculina y femenina muy cerca de los modelos tradicionales, y que ataca a doctoras, juezas y trabajadoras de cualquier capa social. Es la misma lacra que llevó al coma al profesor Jesús Neira, cuando plantó cara a Antonio Puerta frente a un hotel, el 2 de agosto de hace un año. Defender a una mujer de una supuesta agresión le costó más de ocho meses de postración en una cama hospitalaria, de la que pudo escapar, casi de milagro, el día en que cumplió 56 años. La *hazaña* del profesor Neira se propagó por todos los rincones del país, y no faltó un solo medio de comunicación que no halagase o debatiera sobre esta actitud valiente. Sin embargo, su ejemplo no acaba de cundir al completo en una sociedad muy

ligada al individualismo, el hedonismo y la inmediatez, y donde todavía se relaciona al hombre con la fuerza y la violencia. «La igualdad se ha conseguido conceptualmente», según afirman los expertos. En 2004 se produjeron 72 muertes, pero un año después, con la Ley de Violencia de Género, se contabilizaron 57, como «resultado del cambio social y de la concienciación de la gente», apunta Miguel Lorente Acosta, Delegado del Gobierno para la Violencia de Género. Pero entonces, la ley comenzó a recibir ataques por todos los flancos. «Se decía que criminalizaba a los hombres, se hablaba de denuncias falsas», rememora Lorente, «justo lo que necesitaban los maltratadores: sentirse respaldados.» Y el año 2006 se cerró con 67 muertes, que fueron 70 en 2007, y 75 un año después. De enero a octubre de este año, 49 mujeres han muerto a manos de sus parejas o ex parejas, de las cuales 14 ya habían interpuesto denuncias previas (28,6%). La implicación social es mayor, como lo demuestra el incremento superior al 100% de las denuncias familiares y actitudes como las de nuestros protagonistas, que no buscan el reconocimiento público de sus hazañas. Actuaron porque así se lo dictó el buen juicio y el corazón. Ahora sólo ansían recuperar la rutina de antaño que, en el caso de Vicente, no regresará.

**Juan Pablo Urtizberea. 50 años**

La cita con la cuadrilla acabó bien entrada la madrugada del pasado 9 de mayo. Juan Pablo regresaba a casa en su moto por la carretera de Irún, cuando divisó, a →



## Ricardo Feas

### “SÓLO INTENTÉ AYUDAR”

Se interpuso en una pelea y recibió una tanda de golpes que le mandó al hospital. El agresor, que fue detenido, le ha amenazado de muerte. Pero él está tranquilo. Sólo le preocupa el susto que se llevó su madre.

lo lejos, unos vehículos cruzados en la carretera. «Pensé que se trataba de un choque, así que aflojé la velocidad y me aproximé hasta ellos. En ese momento me extrañó ver que un taxi pasaba de largo, en sentido contrario», rememora. Detuvo la moto y se quitó el casco. A medida que se acercaba hasta el lugar oía gritos, pero no acertaba a saber de dónde procedían. «Me aproximé hacia un hombre que estaba en el suelo sobre otra persona, estaba golpeándole sin descanso y ahí me di cuenta de que los aullidos de dolor y desesperación eran de una mujer. Tiré del hombro al agresor, para que la dejase libre. Fue entonces cuando aquel hombre se giró y la emprendió a puñetazos con mi estómago; cuando logré distanciarme de él y me miré la tripa, vi que tenía sangre, que no eran golpes, sino puñaladas, lo que había recibido», relata.

Su reacción inmediata fue echarse al suelo para mantener las constantes vitales. Aún le dio tiempo a ver que la mujer agredida no se movía. «La ambulancia, los municipales y la ertzaintza llegaron enseguida, yo creo que el taxista que pasó de largo les avisó, pero no fue suficiente para salvar a la mujer», destaca. Las heridas en el colon, el peritoneo, el intestino delgado y las costillas, mantuvieron en vilo a la familia de Juan Pablo a las puertas del quirófano y durante las siguientes 48 horas. «Los médicos temían por mi vida», dice. Estuvo postrado dos meses y 20 días en el hospital. Entre

las visitas, dos especialmente simbólicas: la madre y la hija de la mujer a la que intentó salvar sin éxito. «Entonces supe que la mujer se llamaba Jazmín y que no había sobrevivido a la agresión; me agradecieron la intervención, pero yo les dije que no había nada por lo que dar las gracias puesto que había muerto.» Ahora, este vecino del barrio irundarra de Ventas se emplea a fondo en recuperar la normalidad. «Estoy dedicado a mi trabajo en la fábrica de cerrajería, a mi cuadrilla y a mi equipo de fútbol, cosas que echaba mucho de menos y que no se pagan con dinero», comenta Urtizberea, que agradece de corazón a su empresa que le haya recibido con los brazos abiertos tras la larga convalecencia. El Gobierno vasco y el Ministerio de Igualdad le han mostrado admiración y respeto a través de una llamada telefónica y el anuncio de un homenaje. «A mí todo eso me desborda un poco, pues yo hice lo que hice por echar una mano, por salvar a aquella mujer. Estoy convencido de que lo volvería a hacer, porque en ese momento no piensas en las consecuencias, sólo actúas», dice con firmeza. Ahora espera que el agresor re-

flexione sobre lo que hizo «durante mucho, mucho, mucho tiempo, y que lo haga en la cárcel».

#### **Ricardo Feas. 34 años**

Es raro que no llueva en el Concello de Ames, en A Coruña, así que, la noche en que Ricardo compartía unas cañas con los amigos en un pub era, otra vez, mojada. Por eso no se extrañó cuando un conocido entró en el local anunciando que había un accidente de tráfico. «Si es que con esta lluvia hay quien no sabe conducir», pensó Ricardo mientras se ponía la cazadora para salir a prestar ayuda. Sin embargo, la escena que le aguardaba poco tenía que ver con un conflicto vial. «Lo primero que vi fue una furgoneta parada y echando espuma por la boca y, unos metros más alejado, un hombre que subía a toda prisa por el terraplén, también manchado de sangre.» Tras llamar a una ambulancia, Ricardo se aproximó al supuesto herido y le tendió la mano para ayudarlo a superar la última cuesta de la cuneta, pero lo que recibió a cambio fue un par de puñetazos. Tan sorprendido como enfadado, Ricardo se zafó del agresor y corrió hacia donde estaba la chica para preguntarle si se encontraba bien. «Entonces aquel tipo pasó a mi lado y se puso a golpear a la mujer», recuerda. Justo en ese instante comprendió que estaba envuelto en un trance mucho más complicado que una refriega por tráfico. Pudo haber huido de la escena, →



## Vicente Pascual García "NO QUIERO MEDALLAS"

Se llevó un par de tiros por tratar de defender a una mujer. Ha pasado varias veces por el quirófano y aún no se ha recuperado. No puede trabajar como consecuencia de las heridas y exige que le proporcionen un empleo adecuado a su situación. En ningún momento se ha arrepentido de lo que hizo.

persuadido por los golpes que ya había recibido, pero no lo hizo. «Corrí a separarles y fue cuando recibí un sinfín de puñetazos en la cabeza, el cuello y las sienes. Los dos caímos al suelo, él dándome y yo tratando de

esquivarle. Había un montón de gente mirando sin atreverse a nada, hasta que llegó la Guardia Civil», cuenta Ricardo, que aún vio cómo el agresor se revolvió violentamente cuando los agentes trataban de detenerlo. «Me marché a urgencias y al día siguiente se comentaba por el pueblo que al agresor lo soltaron y que se oían gritos en la casa por la noche, pero no sé si es verdad, únicamente sé que esa chica no estaba bien y que necesitaba auxilio.» A la espera del juicio, Ricardo sólo quiere que su madre esté tranquila. «Es mayor y está sufriendo mucho porque aquel hombre me amenazó de muerte pero... allá él, no hice nada malo intentando ayudar.»

### Vicente Pascual García. 41 años

Las cosas le iban sólo regular en la administración pública, así que Vicente García decidió ponerse a trabajar por su cuenta en 2006. Con la ilusión de un crío se compró una furgoneta y empezó a pregonar aquí y allá su especialidad: las reformas domésticas. Como cada mañana, la de aquel 20 de marzo Vicente y su socio almorzaban en un bar de Mutxamel, en Alicante. Les aguarda-

ba el café más amargo que recuerdan: «Estábamos charlando cuando entró un energúmeno con una pistola y, sin abrir la boca, descerrajó un tiro a la señora que atendía la barra y que era su ex mujer», apunta Vicente, a quien se le disparó la adrenalina al observar que el agresor bordeaba el mostrador para rematar a su víctima en el suelo. «Salté como un rayo y me abalancé sobre el tipo, pero él alcanzó a dispararme en la cara; cuando me vio caer ensangrentado debió de pensar que nos había matado a los dos, y él mismo se dio otro tiro.» En medio de los gritos y el caos, Vicente pudo levantarse, se agarró la cara con las manos y llegó a pie hasta el centro de salud, distante unos 100 metros del local. A partir de ahí, los recuerdos se confunden en una nebulosa de batas blancas, serenata de emergencia y carreras por los pasillos. «Me dijeron que sufrí dos paros cardiacos antes de llegar al hospital de San Juan, pero que me pudieron recuperar en la misma ambulancia.»

Aquel 20 de marzo se desató en la vida de García un ciclón de calamidades del que, tres años después, todavía no ha podido librarse. Tras siete operaciones, su mandíbula sigue maltrecha, y también una cadera y la pierna. «Me fueron

haciendo injertos en la cara del hueso de la cadera y de la pierna, pero los rechacé todos, así que, además de no poder masticar, ahora también estoy cojo y me muero de dolores», comenta, muy despacio, para hacerse entender. Más que el cuerpo, a Vicente le duele la tristeza del desamparo, según su primo Javier, que ejerce de portavoz. «Está contento porque la mujer del bar se salvó y ha podido regresar a su vida cotidiana tras recuperarse del balazo en el brazo, pero él no puede trabajar, está a merced de los cuidados de su madre anciana y, para colmo, le acaban de retirar la pensión de 600 euros que recibía tras la agresión, porque se le considera apto para la vida laboral. Han pedido al Ministerio del Interior una compensación ya que el agresor era policía nacional, aunque nada de nada», comenta el primo, con una mueca de disgusto. Vicente tuerce en la conversación: «No quiero medallas, porque mis hijos no las comen; lo único que pido es un trabajo acorde con mis limitaciones físicas». Fuentes del Ministerio de Igualdad han declarado a YO DONA que «son conscientes de la situación que atraviesa este hombre» y aseguran que «la sociedad sabrá valorar la valiente actitud que mantuvo ante la agresión». Lo más sorprendente de todo es la moraleja de Vicente: «Lo volvería a hacer, porque cuando pasan esas horribles cosas, no piensas en lo que te puede suceder a ti, sino en evitar el daño al otro», sentencia sin dudarlo. X